

ÚLTIMAS PALABRAS CON AMADOR PUCHE

José Belmonte Serrano

LA entrevista que, en buena parte, se reproduce a continuación se realizó una tarde del mes de junio en 1993, poco antes de la muerte del pintor. Durante varias semanas grabé las voces de una veintena de artistas murcianos con el fin de, una vez realizado el consiguiente montaje técnico, llevar a cabo, como así se hizo, un programa radiofónico (*El Jardín de las Delicias*) que se emitió a lo largo de los meses de julio y agosto de 1993 a través de la emisora Onda Regional de Murcia.

Era, como arriba se dijo, una tarde de junio. Un día luminoso y apacible como suelen ser los de esta tierra en la que tantas veces puso el pintor su retina. El encuentro tuvo lugar en la propia casa de Amador Puche, en la calle Lorca, junto a la murciana Ronda de Levante. Nos sentamos en una pequeña habitación decorada con más de una docena de sus propios cuadros. La ambientación era perfecta. Amador Puche se hallaba algo enfermo y se lamentaba a cada instante de no poder salir, como era su deseo, al campo y a la huerta para pintar así al natural.

La transcripción de esa larga cinta (en torno a los cincuenta minutos de duración) ha corrido a cargo de Bárbara Martínez-Esparza Alvargonzález, por lo que quiero dejar constancia aquí de mi sincero agradecimiento.

* * *

AMADOR PUCHE: Soy ciezano a marchamartillo, aunque mi padre era de origen yeclano. José Luis Castillo-Puche es

amigo mío. En una ocasión me dedicó un libro y me puso un interrogante que decía «¿A mi pariente?».

JOSÉ BELMONTE: ¿Que tiene de especial una ciudad como Cieza para dar al mundo pintores de la talla de José Lucas, Manolo Avellaneda o usted mismo?

A.P.: No sabría explicarlo. Puede que sólo sea una coincidencia, aunque también podrían ser las aguas que por allí corrían... En Cieza había un buen ambiente para la pintura. Por allí pasaron pintores como Antonio Hernández Carpe, Antonio Gómez Cano, Mariano Ballester... Esas visitas, acompañadas de premios y exposiciones crearon un clima que favoreció el desarrollo de la afición pictórica.

J.B.: Vino usted al mundo allá por el año 1917...

A.P.: Ya he cumplido los 76 y voy para los 77. Nací cuando la Revolución Rusa estaba a punto de explotar. A pesar de mi edad sigo en la brecha, aunque ahora apenas puedo, he perdido bastantes facultades porque la vista no me funciona bien.

J.B.: Sin embargo, sigue usted pintando.

A.P.: Es que para mí pintar es, muchas veces, pensar. Yo siempre he pensado en los cuadros.

J.B.: ¿Es usted capaz de pintar un cuadro utilizando sólo la memoria?

A.P.: Sí. De hecho lo he practicado delante de mis amigos. Para ello elijo un tema sencillo de las tierras áridas de Murcia.

J.B.: ¿Qué le resulta más fácil, pintar



un paisaje árido, propio de su tierra ciezaná o la huerta de Murcia?

A.P.: Yo diría que nada es fácil porque cuando te pones delante de una tabla preparada en blanco la facilidad no existe. Tienes que acertar y tienes que pensar. Alguna vez me han preguntado cuánto tiempo tardo en pintar un cuadro. Recuerdo que una de las veces respondí «pues mira, éste que estamos mirando, unos cinco años». Claro, la persona que estaba conmigo hizo un gesto de extrañeza y dijo: «¡madre mía, cinco años para pintar esto!». Luego se lo expliqué. Le dije: «No se asuste usted; yo pasaba todos los días por este paisaje y al quinto año de pasar lo pinté».

J.B.: Vamos, si le parece, Amador, a darnos un garbeo por su infancia. ¿Qué cosas recuerda con más insistencia de aquellos primeros años de su vida?

A.P.: Recuerdo con una perfección que

la podría reproducir incluso pictóricamente, cuando mi padre me llevaba a la escuela. Además recuerdo aquellos juegos con los que nos divertíamos los niños. Entonces se jugaba de otra forma distinta a la de ahora.

J.B.: ¿Lloró usted mucho el primer día que lo llevaron a la escuela?

A.P.: No lloré nada. Todo lo contrario, mi paso por las aulas fue muy bueno. A los diez años ya obtuve un premio de dibujo.

J.B.: ¿Cuándo empezó su auténtica vocación por la pintura?

A.P.: Yo soy de los que opinan que ciertos valores del ser humano son innatos. Yo ya nací con la inclinación de la pintura. Pero además de esto, había un hermano mío que tenía muy buenas cualidades para la pintura. Llegó a hacer, incluso, cuadros muy buenos. Yo tuve la ocasión, a escondidas de él, de aprove-

charme de sus materiales, lienzos, pinceles... Y ahí fue donde empecé.

También hubo un profesor, don Pedro, no de dibujo sino de literatura, de un colegio particular que era un gran aficionado a la pintura. Aquel hombre se dedicaba a hacer reproducciones de tipo religioso de gran tamaño.

J.B.: Por cierto, Amador, y puesto que estamos rodeados por ella, ¿qué tal se cotiza su pintura? ¿Cuánto vale cualquiera de los cuadros que hay aquí?

A.P.: Muy poco. Poquísimo, de verdad. Muy poco. Muchas veces lo que me dan. Tengo mis problemas y ya está. He tenido muchas dedicaciones diferentes a la pintura, pero he fracasado. A mí los fracasos no me afectan porque tengo mi vida interior y sigo amando el paisaje.

J.B.: ¿Respetas o desprecias a esos otros pintores que no utilizan para nada lo figurativo?

A.P.: Yo no desprecio nada. Las personas que contemplan una pintura no están obligados a ver el cómo y el porqué del cuadro. Yo considero que esa pintura cumple una función: impresionar la retina. Muchas veces nuestra retina está acostumbrada a ver siempre las mismas cosas y contemplar algo nuevo llama la atención.

J.B.: ¿Qué dos o tres pintores de esta región le gustan más?

A.P.: Mariano Ballester, Antonio Gómez Cano, Molina Sánchez, Manolo Avellaneda, Pepe Lucas... Ya he nombrado a cinco, ¿no? Pues aún podría seguir. Conozco a muchos y a otros que no son pintores de profesión y que lo hacen muy bien. Ahí está el caso de Pedro Sánchez Borreguero, que es un gran pintor aunque no esté clasificado... Yo digo una cosa: hace muchos años que adopté ante la vida

y ante los fracasos una postura: yo prefiero ser a estar. ¿Se lo explico?

J.B.: Usted dirá.

A.P.: ¿Cuántos están que no son! No me refiero sólo a la pintura, ¿eh?

J.B.: ¿De qué pintor importante le gustaría tener un cuadro?

A.P.: ¿De un único pintor? Qué poco margen me da... Hay muchos y buenos en España. Pero nombraré a uno Ignacio Zuloaga.

J.B.: ¿Y si le diera a elegir entre Picasso y Dalí?

A.P.: Picasso. Dalí me ha impresionado en algunos de sus cuadros... pero cuando vi lo de Picasso... Lo que valía no eran los cuadros de Picasso, sino el propio Picasso. Son dos pintores diferentes.

J.B.: Si no vendiera ni un solo cuadro, ¿seguiría pintando?

A.P.: Si siquiera por eso hubiera dejado de pintar. Fíjate que ahora mismo, con el padecimiento que tengo, que no puedo ni andar, voy por la calle (me ayudo de un bastón y del brazo de mi mujer) pensando en la pintura y deseando volver a mi casa para hacer lo que sea, una simple mancha, lo que sea.

J.B.: ¿Qué piensa, Amador, cuando ve los paisajes típicamente murcianos que comienzan a desaparecer. Esos lugares, por cierto, que tantas veces ha pintado usted: huertos de naranjos, terrenos repletos de coliflores, de lechugas...

A.P.: ¿Que qué pienso? Simplemente se me cae el alma al suelo. Están destruyendo el paisaje. No está mal que hagan nuevas edificaciones, pero deberían llevarlas a cabo mucho más lejos. A la gente le interesa mucho el paisaje y acude a determinados lugares atraídos por él. Aunque parezca lo contrario, el paisaje es muy difícil de pintar. Muchos de los que

se han dedicado a la pintura me han dicho que, aunque les guste, no se atreven a plasmar lo que ven en un cuadro. El paisaje abierto es tremendamente difícil, a todo el mundo le gusta, pero no creas que todo el mundo lo sabe interpretar.

J.B.: ¿Cómo se portan las instituciones murcianas con pintores como usted? ¿Reconocen su obra? ¿Le animan siquiera a seguir pintando?

A.P.: De momento, la única respuesta que he recibido ha sido el silencio. Sin embargo, yo no digo que se porten mal ni bien. El silencio, después de todo, no es malo.

J.B.: Para aquellas personas que aún no conozcan a fondo su pintura que no hayan visto aún un cuadro suyo, ¿cómo definiría usted su arte?, ¿qué temas son sus predilectos?

A.P.: Yo prefiero el paisaje, pero para poder vivir de la pintura tengo que someterme y hacer concesiones al que va a comprarme un cuadro. Yo busco, sobre todo, la luz. Yo pinto el alma del paisaje y para eso es necesario sentir lo que se está haciendo.

La luz de la tarde comienza a declinar. Pero basta con echar tan sólo una

breve mirada a uno de esos cuadros de Amador Puche colgados en las paredes para recuperar todo su esplendor casi perdido. «El día que no pinto —me advierte Amador con el micrófono ya cerrado y en tanto ve cómo recojo mis cosas— al día siguiente no puedo moverme. Siento mucho no poder acabar determinadas cosas que se van a quedar sin hacer». Amador, con su barba de patriarca jamás reconocido, de profeta honrado y bueno, me acompaña hasta la puerta con sus leves pasos de hombre cansado y enfermo.

El sol de esa tarde de junio es ahora un recuerdo, un retazo frágil de la memoria. Bajo las escaleras en silencio. Y por un instante, antes de echar una última mirada hacia atrás, imagino a Amador dándome su último adiós y cerrar su puerta. Después vuelve al pequeño cuarto para contemplar sus cuadros, sus propios cuadros, y sentirse satisfecho de su trabajo. Poco importa, piensa —imagino yo que lo piensa—, que nadie lo quiera reconocer. Inútil es luchar contra el tiempo. Y sólo el tiempo será quien diga el nombre de los escogidos, los que han de permanecer en ese gran naufragio que es el mundo.